Paraiso en Asia Tropical

Gus Ellefson

Capítulo 1

La burra

Durante el verano, conocí a una mujer de aspecto siniestro, de quien se hablaba mucho por la sutileza de su trabajo. Era costurera y hacia unos pantalones de cuero que enloquecía a los jóvenes de mi barrio. Una ropa llena de costuras y bolsillos que aburrió a una generación de neo hippies y veganos que solían fumar yerba en el parque de la cuadra. A esa mujer siniestra, le pedí el favor que me hiciera un traje de Dragón Ball Z, para una fiesta de disfraces, de un amigo que se hacía pasar por extraterrestre cuando conocía a una mujer fea. Era divertido verlo, pero de igual manera, era patético escucharlo de sus relaciones raras con mujeres que no tenían culo, ni tetas en forma de melón. La costurera aceptó el negocio y me entregó el traje, un domingo como a las diez y cuarto de la mañana. "Casi que no me levanto de la resaca. Aquí está tu traje y diviértete en aquella fiesta sin mi presencia", dijo en tono jocoso, mientras me sentía culpable, quizás, por no haberla invitado a la reunión de un amigo loco. No obstante, sentí cierta frustración en mi espíritu y, de inmediato, le propuse sin gesticular el rostro, que fuera conmigo a esa fiesta de disfraces. Sus mejillas se pusieron rojas como sopa de tomate y expulsó de un estornudo, una mota de algodón que voló hacia el Este, pegándose en una vitrina de zapatos ortopédicos. "Encantada. Tengo un traje de princesa bellísimo. Solo me pongo una diadema del Gato Cósmico con antenas de papel aluminio y punto". En cuanto dijo que se iba a cambiar de ropa, pensé en lo que me podría suceder en esa fiesta, si se enterasen que estaba saliendo con la costurera del vecindario. Sude frio, pero me importo un rábano. Dos horas después, la recogí en su almacén de ladrillo blanco y puerta decorada con afiches de mujeres de revistas de modas de los sesenta. Ella lucia como una princesa endémica. Su vestuario era de color blanco con manchas de sudor en las axilas, tenía cinticas de colores amarrados a la cintura, y de su pecho le salía un botón amarillo que se asemejaba a un corbatín republicano de segunda. Tragué saliva de la vergüenza, pero no había nada que hacer con su apariencia. A fin de cuentas, me sentí como si estuviese en un concierto de heavy metal, luciendo un esmoquin negro. La casa de mi amigo quedaba cerca, así que fuimos a mi apartamento y saqué la bicicleta panadera. En cuanto ella se sentó en la parrilla del aparatico de dos ruedas, soltó una risita nerviosa que me aburrió un poquito. "Me siento como campesina santandereana, montada en una bicicleta de marca barata. Ir a un lugar que no conozco para divertirme con un hombre interesantísimo. La última vez que conocí un caballero fue a mediados del dos mil, cuando aún remendaba medias en una caseta. Me propuso una salida a un parque a comer mazorca. Fui, pero me defraudé de él, porque lo vi bebiendo chicha con cuchara. Los hombres siguen siendo hombres. Tienen el mismo palo, pero piensan

como los caballos. Al final, estoy soltera y tarde o temprano, un hombre elegante se fijará en una mujer que piensa cosas buenas", dijo creyendo que tenía la razón en todo. Guardé silencio a sabiendas que la bicicleta se pinchaba con unas tijeras ergonómicas pegadas al pavimento. Me dio alegría infinita y creí que aquello era una excusa perfecta para no llegar temprano. "Se nos quebró la máquina. Nos pinchamos en medio de un tráfico mordaz. Seguramente, tendremos que caminar unos veinte minutos" La costurera se sintió impávida como si la hubiese partido un rayo. Se bajó en silencio de la bicicleta, me miró con cara de mujer glotona y se paró en un andén, echándole un vistazo al tráfico que había en una avenida en la que, una caravana de camiones atiborrada de cerdos y vacas de las regiones cercanas, defecaban lo poco que tenían en el intestino. Daba la impresión de que la mujer se sentía como un muñeco de felpa recién salido de una caja sorpresa. Sus ojos brillaban como un sol resplandeciente. Sonreía como si se hubiese ganado en una rifa una casa prefabricada. Los taxistas, la miraron con agrado, le echaron piropos tiernos y hasta le lanzaron monedas y billetes en torno de su exótico performance. Era como si ella supiera que tenía una sex appeal inmerso en su inocencia. No asustó a nadie, ni a los cerdos y las vacas, ni a los niños que salían de comer hamburguesas en Mac Donald`s, acompañados de sus padres, que a duras penas intentan pertenecer a una nueva clase social, que no les permite comprar ropa extranjera.

Inocentada

¿Vende ropa interior para homosexual?", dije a la vendedora de ropa del almacén Éxito, cuyas piernas le temblaban como si le hubiese dicho que padecía de una enfermedad terminal. Ella se puso colorada como un coagulo y retrocedió, pegándose en las nalgas, con una vitrina llena de medias de colores chinas. Luego, fingió estar adolorida y se sobó la nuca, creyendo que no me había dado cuenta de que su dolor no era en la nuca, sino en su pulposo culo. Quise reír, pero ella se agarró de una canasta en forma de calabaza. "Perdón, pero aquí, no tenemos ese tipo de prendas", dijo la mujer que a duras penas hacia un esfuerzo extrahumano en reconocer de manera correcta ropa extravagante, en un supermercado de artilugios nacionales. Entonces, me le acerqué en tono amable y le hablé al oído. "Deja así, tan solo quería manifestarme como un hombre de mundo, un hombre que sabe lo que quiere y anhela tener entre las piernas", ella, de nuevo, se sonrojó y metió sus manos en los pantalones. Miró de un lado a otro como tratando de huir por la salida de emergencia. La mujer tenía un miedo terrible y daba la impresión de que su existencia, estaba inundada de fiascos y malos momentos difíciles de enmendar. De hecho, la mujer era joven y de rostro angelical que si bien, no era común en las vendedoras de ropa interior, pensé en invitarla a tomar un café en Juan Valdez y saber un poco de ella. A fin de cuentas, le estaba tomando del pelo y solo quería divertirme, con el ánimo de sacarle una risa de oreja a oreja. Aquello sonaba divertido, pero en cuanto me le acerqué, la mujer se escabulló por entre unos escaparates de aluminio y clavó su pueril

mirada en la mía. Luego, bajó su cabeza y comenzó a esculcar la ropa que tenía frente a sus ojos. Sacó un calzón azul talla 34 y lo palpó con sus temblorosas manos. "Lo encontré. Tengo su prenda", gritó con un tono ridículo, convencida de que tenía un mapa antiguo con un tesoro. De nuevo, solté una risita tonta y preferí quedarme inmóvil, quieto como un árbol tupido de hojas verdes. Dejé que los segundos transcurrieran lentamente, creyendo que la vendedora pronto se arrepentiría de su oferta. Sin embargo, la mujer continuó aferrada al artículo. Tal vez, estaba empeñada en ganarse una comisión de trescientos pesos y me entregó los calzones en mis manos. "Seguramente, cuando te pongas estos calzones, tu vida dará un vuelco de cuarenta y cinco grados. No había conocido a un hombre tan peculiar en toda mi carrera ", dijo, ella, con desinterés, pero firme en sus palabras. Agarré la ropa y la olí como si estuviese perfumada de fresa. Sonreí en mis adentros sin fijarme en la mujer, quien retrocedía un poco, aislándose de mi presencia. En ese momento comprobé, que un mal chiste no me llevaría a ningún lado. Asusté a una mujer simpática cuyo salario no le permitía tomar un café americano en Starbucks o comprar unos tenis Reebok, en el parque de la noventa y tres. Qué vergüenza. Al supermercado Exito, no volví ni a comprar frutas mucho menos a bromear con vendedoras de ropa interior fabricada en Asia.

Excursión del olvido

Debe ser frustrante enseñar inglés, sin haber vivido en un país anglosajón. Eso se le notaba a Jacinto Buendía, amigo del colegio, quien se graduó con honores de la Facultad de Humanidades de la Universidad Javeriana. Se presentó a concursar por una vacante de profesor en lengua extranjera en el distrito, pasó con un puntaje alto, pero a los tres meses, los alumnos le dieron la espalda. Jacinto se confundía con el verbo to be y el presente continuo. Se enredaba y le daba rabia sin que nadie notara su desencanto. Jacinto estaba derrotado y así lo vi el día que la selección Colombia jugaba contra Bangladesh en un torneo amistoso, en Nueva York. "No sé si estoy haciendo un trabajo ejemplar. Siento que los alumnos, me meten goles sin que pueda tapar la cancha. Voy perdiendo un partido sin revancha", dijo Jacinto con un desinterés muy parecido al de mi novia, "Deberías pedir una licencia, viajas, te das una vuelta por el mundo y llegas con ideas frescas" A jacinto le pareció una buena estrategia por la forma que gesticulo el rostro, se dio la bendición con ganas y se quedó en silencio, mirando el partido de futbol sin reproches. Su tranquilidad me dejó perplejo, pues parecía que su paciencia estaba determinada por la inocencia de un bebe. En cuanto la selección Colombia terminó de jugar el primer tiempo, Jacinto se levantó sobresaltado de una butaca de tres patas, caminó hacia una ventana y le echó un leve vistazo a un cartel, donde promocionaba una excursión a Tailandia. Su rostro se asemejaba al de un joven enamorado de su profesora de Educación Física Le cautivaba la mujer, pero no sabía cómo conseguir el dinero suficiente para invitarla a comer Pad Thal en Bangkok. "Te dejo. Veré el partido en

otra oportunidad. Mas adelante te cuento si meto algún gol, en cualquier campo de futbol”, dijo estrechándome la mano. Salió feliz de mi casa y no lo volví a ver durante meses. Un domingo en el que las horas se mueven rápidamente, pensé en él, lo llamé, pero me contesto su mama, con un tono preocupado. “Jacinto hace meses dejo el colegio. Pidió una licencia y se fue a Tailandia. Hace muy poco el embajador de Colombia, en ese país, me envió un correo electrónico, donde manifiesta, que Jacinto, no es Jacinto, sino un loco que se hace pasar por un poliglota famoso en las calles de Kao Shan Road. Deambula e intenta hablar en un inglés bogotano, pero la gente no le entiende muy bien su acento. Lo ignoran y lo creen un personaje fantástico. ¡Virgen santa!, mi hijo dejó todo, todo y se marchó sin explicación alguna. Es como si alguien le hubiese lavado el cerebro. Ahora que será de su futuro, si aquí, tenía un trabajo no muy bien remunerado y enseñaba su materia favorita. Era su carrera, su sueño, su felicidad absoluta”, dijo la mama cuya voz se ahogaba detrás del teléfono. Me dio pena y colgué rápidamente. Luego, prendí un cigarrillo Marlboro y me lo fumé completo. Entonces me acordé de todos los alumnos de Jacinto que aprendían el idioma extranjero, en un colegio público. Imaginé sus caras de angustia, pero de igual manera, me dio risa la personalidad insegura de mi amigo. Qué pena tan irremediable. Jacinto, el hombre más inteligente de la Facultad de Humanidades, se había perdido en un lugar inhóspito. Un país que apenas conocemos en las revistas de los aviones. A lo mejor fumo hachís y se le cruzaron los cables. Debe estar como un loco buscando la manera precisa para comunicar un mensaje. O quizás, lo que le conto el embajador a la mama, fue un chiste Quién sabe. No lo sabré a menos que me devuelvan la llamada y me digan que Jacinto volvió a trabajar en el colegio.

La patada de Jackie

Sentado justo al lado de Antonina Puche, vimos la película Rush Hour, interpretado por el actor de artes marciales, Jackie Chan y el comediante, Chris Tucker, sin comer palomitas de maíz. “La película no es buena. No tiene gracia. Es fría. Todo lo definen a punta de patadas", dijo ella, como si no hubiera dormido desde la semana pasada. “Tú lo que tienes unas tetas, igual de grandes a las sandias que venden en los supermercados ", pensé sin fijarme en su aburrido comentario. Era un viernes y le sonreí a Antonina, quien bostezaba mientras veía una escena quisquillosa entre Jackie y su enemigo cuya cara se retorcía de la risa. “Me quiero ir. No soporto la actitud de los oprimidos”, dijo ella. La miré a sus ojos de fiera presumida y le tomé una de sus manos embadurnadas de crema de fresa. Ambos nos levantamos de las butacas y salimos del cinema decrepito. Miramos el cielo despejado, mientras un helicóptero de la Policía Nacional sobrevolaba la ciudad, en la que los crímenes pasionales son pan de cada día. Ella sacó un cigarrillo de su cartera Hugo Boss, pero no lo prendió con su encendedor de plástico. Parecía ansiosa por la forma de mover las manos. “Vamos a ese café vietnamita. Hablamos, reímos y si te sientes incomoda, te vas”, dije, con el ánimo de cambiarle su ridícula

personalidad. Antonina asentó con la cabeza y caminamos lentamente al establecimiento. Nos sentamos en una mesa atiborrada de migajas de galleta. Ella guardó silencio como si le hubieran declarado la guerra. "¿Cafecito?", pregunté. Antonina movió la cabeza de arriba abajo, en forma de aprobación. "No quiero volver a cine. El rating lo definen con el morbo, con la sensualidad de la risa, con la ternura de los hombres patéticos", dijo. Su acotación me dio pánico escénico. Preferí cerrar la boca y hacerme el ingenuo ante ella. Disimulé mi silencio, mirándole inconscientemente el escote de su blusa verde. El color de su piel me excitó. Entonces, imaginé que le chupaba sus tetas como una sandía. Me sentí en la cúspide del deseo. Tan solo dejé que mis sentidos se deleitaran con esas jugosas frutas por un rato. Al rato, Antonina se levantó de la silla con un movimiento brusco, agarró mis brazos, me los puso en la espalda y me lanzó al suelo como un trapo sucio. Sonrió e hizo una venia japonesa del siglo pasado. "Bobo. Estas escenas ya me las conozco. Quien sabe que se le metió en la cabeza, pero no soy mujer fácil. De sus ojos, vi la perturbación de un voyerista. Me mira con disimulo y se hace el inocente", dijo con severa actitud. Quede absorto al ver a Antonina puteando al gerente del café vietnamita. Su escena era muy parecida a las películas de Jackie, divertidas, pero con golpes contundentes. En ese momento, comprendí que no debí haberla llevado al cine, ni mucho menos haberle mirado su blusa abierta. Aquella tonta fantasía sexual, me puso en aprietos. Antonina sabia de técnicas de Karate.

Ngu

-Tiene glaucoma en el ojo del culo. Es una enfermedad que afecta el nervio óptico. Puede quedar ciego. En su caso, pude quedar sin ano y las consecuencias son nefastas. Pude sufrir hinchazón en las nalgas y ataques peritoneales. -dijo el doctor con cara de aprobación, mientras se quitaba la bata manchada de gotas de sangre.

-Todo esto me asusta.

-No tiene por qué tener miedo, póngase en cuatro como un perro en esa camilla y le mido la temperatura.

Para disimular mi nerviosismo, respiré hondo con dificultad y esperé que el medico introdujera una varita de vidrio por entre el ano. El medico abrió la boca como si quisiese comer un reptil, miró mis nalgas curtidas y sacudió con una de sus manos el termómetro. En ese instante sentí el palito dentro de mi cuerpo.

-Dejaré el termómetro y verificamos la temperatura. -dijo el médico cuya voz se desvanecía lentamente con el ruido que hacia una máquina para medir la tensión.

Sentí un calor intenso. Daba la impresión de que la punta agujereaba el intestino. El medico sacó la varita mágica del ano y retrocedió unos pasos. Miró el termómetro, lo sacudió y lo colocó sobre una repisa atiborrada de elementos quirúrgicos.

-La temperatura es buena, pero le haré una colonoscopia. Tengo dudas, que me preocupan. Quizás, encuentre un anómalo tumor. No creo que sea grave. Es tan solo, un pedazo de carne que no está en buenas condiciones.

El médico prendió con dificultad el aparato. Nunca había visto una maquina tan vieja, pues parecía que la habían fabricado en una panadería. Tomé una bocanada de aire caliente y apreté las piernas. Acto seguido, un alambre eléctrico fue metiéndose por el ano. Presentí que el mundo se iba a extinguir. Entonces, silbé con el ánimo de ahuyentar el dolor. Di media vuelta con la cabeza y fijé mi mirada en la pantalla de la máquina. El doctor se sorprendió, al igual que yo. Vimos, una cantidad de venas entrelazándose. Todas hacían el amor. Unas tenían cara de excitación, otras de resignación, tal vez, porque no pudieron pertenecer a ese juego erótico. El médico confundido, tapó con una de sus manos la pantalla.

-¿Y bien? -pregunté a sabiendas que lo que tenía en el intestino, despertaba preocupación.

-Le quitaré el alambre, se coloca los pantalones y lo espero esta tarde. Tráiga su pijama y lo interno por una semana. -dijo el médico que, si bien se veía seguro en sus palabras, lo vi nervioso pues no hacía más que mirar la pantalla de la máquina.

Salí caminando arqueado como un alicate del consultorio. Tuve dificultades al respirar. Por la nariz expulsé mocos. De repente, estornudé y sentí que las venas varices me apretaban las piernas. En cuanto crucé un andén, se me apareció, Ngu, mi novio, un tailandés con cara de psicótico. Me vio la cara, pero se le ocurrió olerme el cuello. Gritó sin decibeles que alarmaron mis oídos.

-¿Dónde estabas? -dijo con su peculiar acento en español.

-Con el médico.

-No te creo.

-Es cierto. -asenté con la cabeza.

Ngu, no me creyó ni jota e hizo un escándalo como vendedora de plaza de mercado. De sus ojos salieron lágrimas, las cuales llegaron a la comisura

de su labio leporino.

-Me has traicionado, con otro, quizás de este país. -dijo con cara de tristeza.

-Eso no es cierto, estuve en el medico. De hecho, es boliviano.

-No te creo, déjame aquí, tirado, en las calles de esta ciudad olvidada por los periódicos de Bangkok.

A Ngu lo amaba, pero no pude decirle la molestia que tenía en el ano. Al final, se dio cuenta de que caminaba como una pinza y pensó que a lo mejor me habían clavado con un pepino, diferente al suyo. Ngu, corrió desesperado hasta perderse por entre los vendedores ambulantes de overoles amarillos. No dejó ni una huella como para seguirlo. Tarde o temprano se iría del país con el rabo entre las piernas. Eso tal vez dolía, pero en el fondo de mis adentros era más importante curarme de mi problema.

Llegué a las tres en punto de la tarde al consultorio. El doctor abrió la puerta y me hizo sentar en una butaca de aluminio. Las nalgas se ajustaban en el sillín, pero no sentí dolor. Respiré hondo, con dificultad e imaginé que debería salir más a menudo a montar en bicicleta.

-Las noticias no son buenas -el doctor se secó la frente con una servilleta untada de aceite- , puedo asegurarle que las imágenes que vimos en la pantalla unas horas atrás son terribles. Aquellas venas, haciendo el amor, le destrozaron el interior del intestino. De ahora en adelante tendrá que vivir con el ano cerrado. Hoy le haré una cirugía y en una semana, caminara moviendo el culo como un péndulo. Eso le traerá buena suerte. Pueda que encante a su pareja.

Quise llorar, pero por motivos personales, frené las lágrimas, tapando los ojos con mis manos temblorosas. Quede boquiabierto con aquella noticia tan devastadora. Tenía miedo. Ngu, me dejó porque pensó que lo había traicionado con otro hombre. Entonces imaginé escenas apocalípticas. Me vi caminando en una playa nudista cautivando adolescentes. Me vi trabajando en un jardín infantil, siendo el hazme reír de los niños. Me vi jugando futbol, mientras las barras bravas chiflaban el movimiento de mi culo. Que desgracia. Solo me bastaba conocer a un hombre amante de los deportes y autos de carreras.

En aquel siglo

Tomoko y yo, acampamos en Amabalema, un pueblo tolimense todavía aferrado al siglo XIX. "Me encanta los caminos de herradura, las risas de los niños sin calzoncillos y las letrinas de bambú de un metro con cincuenta. Estas imágenes deben ser archivadas en mi cámara

fotográfica ", dijo la japonesa a quien conocí en una fiesta decembrina en el barrio La Candelaria. "Toma las fotos que quieras. A decir verdad, esa es la idiosincrasia de un pueblo inmerso en el olvido", dije, sin darme cuenta de que un alocado zancudo picaba una de sus carnudas nalgas. Su glúteo se hincho como un globo y la dermis se le arrugó como una cortina de sombras chinescas. "El dolor es insoportable", dijo la mujer. "Ten fe, nada malo te sucederá en este ambiente tropical", dije con cara de perro pekinés preocupado. Entonces le tomé el pulso a la japonesa, pero no escuche los latidos de su corazón. Brinqué del susto como si fuese una rana eléctrica. Me dio taquicardia y pensé que pronto llegaría la noche repleta de estrellas. Me angustié y de nuevo, le tomé el pulso a Tomoko cuya cara deforme, indicaba que moriría sin atención médica. "Ten paciencia", dije. Ella no respondió, ni sacudió el cuerpo. La vi dormida y con la cara pálida como un papel bond. Me senté a su lado, pero caí dormido, profundo, al igual que un oso polar del Polo Sur. Al día siguiente, en cuanto desperté, vi su ropa interior marca pajarito en el tibio césped. Vi un puñado de moscas negras volando sobre el techo de la carpa. Luego, un poco lejos, la vi a ella, desnuda, caminando muy alegre mientras tomaba fotos a las vacas enclenques que muían sin alarmar a los perros criollos. "Solo me falta que un toro, le de celos y me clave en el hueco más feliz del mundo. Supongo, que, con una herida de esas, me prestaras auxilio, en este pueblo tan divertido", dijo Tomoko, fijándose en mi rostro trasnochado. Quede absorto. La oriental se recuperó rápidamente de una picada de zancudo, en un pueblo tan olvidado.

Me eché un huevito en la mañana

Bebí ginebra e hice gárgaras, con trocitos de hielo. Me supo a gloria. Era un viernes y la noche se veía hermosa. Llegué tambaleando a casa cuya puerta de madera repiquetea con el viento. Dormí hasta al mediodía, me levanté con la cara ojerosa, tomé leche, pero no sentí el líquido en el hígado. Todo indicaba que mi conciencia no trabajaba correctamente, pues aún, me sentía atormentado como para entablar una charla con una dama. Me dio hambre, fui a la cocina, cociné un huevo en una tácita de aluminio y me lo comí semi crudo. Supongo que me llenó el estómago porque no lo volví a escuchar como una licuadora por media hora. Aquello me dejó tranquilo. Me senté en una butaca de tres patas. Sonó el teléfono inalámbrico Panasonic. Contesté un poco apurado, mientras masticaba el pétalo de una rosa marchita. "Esta tarde quiero ver tu cara de melancolía", dijo una mujer a quien conocí un sábado en la noche "Tu voz, sigue siendo la misma, la más nítida de todas" , dije. "Soy la misma que te dijo cosas agradables al oído. Por eso te llamé. Quiero que salgamos. Quiero hablar, reír y sentirte como la yema de un huevo en aquel restaurante, donde nos miramos por primera vez", dijo ella sin soltar la respiración. La mujer dejó de hablar, suspiró y colgó el teléfono, dejándome con la boca abierta. Se me hizo muy rara la propuesta, pero acepté con cierta duda. Fui al baño, me quité la ropa que tenía puesta

desde el día de ayer, me coloqué un traje fucsia y me fui a la cita. Estando frente al restaurante Coco`s Club, me temblaron las nalgas y me dio por pensar -no sé por qué-, en ese huevo repleto de proteínas, lípidos, vitaminas y agua, que me comí en la mañana. Segregué saliva, pero no crujió el estómago. Entonces, entré seguro al establecimiento, me senté en una mesa, cerca al baño de damas y esperé a la mujer con quien me acosté un sábado en la noche. Al rato, entró ella. Su nariz era distinta. Daba la impresión de que la habían operado. Era mucho más larga y se le alcanzaban a ver los pelos en las fosas nasales. Se sentó a mi lado, me dio un beso en el labio superior de mi boca y empezó a hablar del trabajo provisional que tenía en una universidad pública -era ingeniera de alimentos y enseñaba inglés con acento jamaiquino- Me pareció divertida la introducción de su charla, pero no entendí un rábano. La mujer pidió un Pisco Sour y pasta Alfredo con huevos de codorniz a un mesero con cara de enfermo. De igual manera, pedí dos tragos dobles y con mucho hielo. Esperamos quince minutos, mientras la mujer me contaba anécdotas de un viaje que hizo a Filipinas a finales del 93. Reí sin mover los ojos. En seguida, llegó el camarero con las bebidas y el plato gourmet, el cual colocó en la mesa. Ella tomó dos tímidos sorbos, clavando su alocada mirada en mis manos. Me tomé los tragos con miedo. Sentí mareo. "El coctel no está muy bueno y la pasta con huevo no tiene buena cara", dije desconcertado. Ella miró su reloj de plástico Casio e hizo cara de desaprobación. "Vamos a tu casa, allá la temperatura nos broncea un poco", dijo con un tono de voz de mujer caliente. Salimos abrazados de aquel lugar atiborrado de estudiantes universitarios. Llegamos a las seis en punto de la tarde a mi casa cuya ventana no tenía cortinas. Abrí la puerta, pero no pude subir las escaleras. Estaba un poco ebrio. La mujer me cargó como un bulto de papas, me arrojó a la cama, quitó mi ropa húmeda y me masajeó la espalda con sus tibias manos. De un momento a otro, perdí el conocimiento. No recuerdo a qué hora se fue la luz de la habitación. Desperté como a las once de la mañana, de un domingo aburrido. No la vi a ella acostada a mi lado. Asustado, fui al primer piso de la casa. Tan solo vi encima de la mesa de mimbre, una nota escrita en una servilleta de tréboles azules:

Me dio Pena despertarte. Estoy de afán, pues tengo que preparar clases. Supongo que tienes hambre. Encima de la estufa , te dejé el desayuno: un vaso de leche y huevos revueltos. Cometelos con agrado. Adios.

Reminiscencia

En cuanto tomé el bus, estaba, Angie, ahí, sentada en una silla plástica rota, mirando por la ventana y fingiendo estar concentrada como un búho de un bosque carente de recursos naturales. Me le senté a su lado, y de igual manera, miré por la ventana simulando encontrar un transeúnte que me irritara un poco. De nuevo, la vi a ella, pero me sonrojé en el acto. No había cambiado desde que la despedí en el aeropuerto "El Dorado", en el 2002. Vivió en Tokio por ocho años y regresó al país (según, su mejor

amiga), con el corazón destrozado. Podría decirse que perdió una batalla quimérica, pues nunca encontró el amor de su vida en un continente difícil de reconocer en un mapamundi de colegio público. Le eché un leve vistazo a su rostro y recordé cuando le di un beso el día de su cumpleaños. Me supo a gloria, pero me dejó un sabor agrio en la comisura de los labios. Había subido de peso y emanaba de su arrugado cuello, un perfume de mal gusto y barato que me mareó de un golpe. Se me alborotó el estómago y retrocedí un poco. Accidentalmente, le pegué con uno de mis codos en su pierna encalambrada." Disculpa", dije sin esperar un saludo a cambio. Ella dio media vuelta como si estuviese buscando el culpable de un crimen. Abrió los ojos como una cortina eléctrica. Exclamó sorprendida, pero con sarcasmo. "¿Tu? Parece que el tiempo se hubiese estancado en la misma dirección. Esto no es un milagro es una coincidencia. Te ves intacto como si hubieses salido de la peluquería de mi tía. Rostro feliz, elegante como siempre y con los mismos ademanes de caballero republicano sepultado por el olvido" La sentí ridícula, pero no ingenua. Entonces, la interrumpí con una tos fingida y seca. "El mundo da vueltas. Tú en un bus justo al lado de un hombre de estatura media. Siento que no te podre quitar los ojos. Un recorrido tan corto como para me cuentes toda tu vida. Quiero escuchar una anécdota curiosa o algo que me saqué de la rutina", dije. Angie apretó los labios, dejando la punta de su lengua fuera de la boca mientras se colocaba una diadema de Mazinger Z en su cabello ensortijado con gomina. Acto seguido, me miró absorta y presentí que iba a llorar como novia amenazada de muerte por su futuro esposo. Su rostro se desfiguró. Luego, sacó de su cartera de cuerina una foto amarilla, donde aparecía con un hombre con cara de cuerpo espín, en una tienda Sex Shop de un barrio de la ciudad de Tokio. "Tienes razón, el viaje es muy corto como para que te cuente mi desolación. He perdido lo poco que soñé. Me fui y ahora aquí, en la tierra que me dio la risa con la que enamoré a un hombre especial. Mi existencia es corta como la distancia que hay de aquí al aeropuerto. A donde voy, a donde veré aviones y pensar que estoy allá, besando a un hombre frio y sin gracia emocional. Esto no es una obsesión, es una afición que me tiene al borde de un ataque de nervios. Sigo soltera y moriré sin que nadie se apiade de mi tristeza. Mis recuerdos, ya no son míos. Ahora todo el universo lo sabe", dijo llorando y dejando que sus mocos se le salieran de su nariz empolvada color piel. Sus lagrimeados ojos, me hicieron recordar una escena que vi en una tienda de verduras entre una empleada del servicio y un vigilante, cuando les dio por llorar en la final de la copa mundo España 1982. Lloraban desconsolados porque habían perdido sus apuestas con el dueño de la tienda. Daba la impresión de que no volverían a vivir a menos que se ganasen el billete de lotería. Así estaba Angie, con los ojos idos como estatua de pueblo y perdida como un niño tonto, jugando a las escondidas en un desierto. Preferí hacerme el estupido y seguir mirando por la ventana del bus, pensando en que Angie pronto dejaría de soñar; en un hombre cuyo rostro de cuerpo espín la había rechazado por ilusa o por tonta o por algo especifico que, tal vez, nunca contó en su relato. A fin de cuentas, era compañera de la infancia y quizás, no la

volvería ver, en la fiesta de reencuentro de alumnos del colegio.

Vincent

Caminé despacio, muy lento con el ánimo de pensar en todas las cosas buenas que tenía mi trabajo. Me sentí un hombre enteramente feliz, pues trabajar como vigilante de conciertos de rock, tenía su recompensa, tal cual como me lo dijo, Vincent, un amigo cuyo rostro se asemejaba al de la bestia, pero sin su bella del cuento de fantasía europeo, emitido por la cadena CBS a finales de la década de mil novecientos ochenta. "La vida nos ha pagado de la mejor manera. Vemos gratuitamente bandas de hardcore, punk y Black Metal, así les den mal sonido. Esta es la gloria. Vivir la vida como los dioses, quienes viven en paz, en armonía con la naturaleza y no le hacen mal a nadie porque no tienen rencores ni odios reprimidos", dijo el Vincent, quitándose un pelo pegado que tenía en su boca pintada de negro. "Así es, amigo Vincent, el rock es nuestro espíritu, nuestra pasión. Es algo que debemos cultivar toda la vida", dije entusiasmado, mientras Vincent me abrazaba como si fuese su novia de toda la vida. Durante tres horas conversamos acerca de las bandas de rock extranjeras que no saben a ciencia cierta donde queda el país. Nos reímos y hasta le conté la anécdota de un vecino roquero, que se creía Naruto cuando se emborrachaba, a costillas de los amigos en los prostíbulos de Chapinero. Al Vincent le dio una risita quisquillosa, pero de un momento a otro, su rostro se transformó en rabia. Dio media vuelta y se quedó mirando fijamente a un hombre de aspecto primitivo, saliendo del supermercado Éxito de la cincuenta y tres con trece. "Ese es Henry. Hace chaquetas de cuero y le coloca taches en la espalda para que la prenda luzca como nueva. Se volvió rico y ahora, mira a todo el mundo de hombros hacia arriba. Mucho hijueputa. De rico, a ladrón. Ese tipo, me quitó lo poco que tenía. Mi moto Kawasaki, se la presté para llevar a su novia a comer fritanga en San Victorino y nunca me la devolvió. Mi camiseta de la banda japonesa Sabbat, firmada por el baterista Sorugelion, me la rompió en un pogo. Mi play station, se lo regalo a uno de sus primitos", acentuó el Vincent, escupiendo saliva en el pavimento agrietado. Estaba loco. Lo vi fuera de casillas y pensé que le iba a dar una golpiza al Henry. En ese instante, presentí que el apocalipsis estaba justo en frente de mi cara rasurada con una máquina de afeitar oxidada. Me tembló el culo del susto y preferí callar, mientras mi amigo supuestamente se calmaba un poco. De hecho, no fue así. Vincent arrancó a correr como caballo desbocado y entró a una cafetería, donde compró una botella de aguardiente. La destapó con sus dientes repletos de caries y se la comenzó a tomar a sorbitos. Luego, hizo una pataleta como niño de tres años en la calle "Ese Henry es mucho, malparido. Invertí muchísimo dinero en mercancía de contrabando. Se lo llevó todo, todo como si no le importase su procedencia. Me veo, aquí, tirado en el suelo, esperando que salga para hacerle el reclamo", me grito a pulmón herido, sin darse cuenta de que Henry salía del supermercado, cargando en sus manos dos bolsas plásticas. Se veía feliz, pues le dio una venia coreana al

vigilante cuyo rostro se parecía al de la bella, sin su bestia, del cuento de fantasía europeo, emitida por la televisión inglesa. Me hice el de las gafas gordas y presumí ignorar a Vincent. No quería pelear con la bestia. No era de mi incumbencia. Al final, también, di media vuelta y caminé despacio, muy lento, pensando en todas las cosas buenas que tiene la vida.